



Más allá de lo “propio”: sobre la crítica y la necesidad de los Estudios Culturales

Márcio Seligmann-Silva
Instituto de Estudos da Linguagem, UNICAMP (Brasil)

Los editores de *Hispanic Issues On Line* me han preguntado cuál es la relación entre mis investigaciones y los Estudios Culturales. También me preguntan sobre mi relación con otras disciplinas (más allá de la Teoría Literaria y de la Literatura Comparada donde actúo) y sobre cómo veo los “estudios hispánicos” en un contexto global. No es difícil establecer la relación entre estas cuestiones. Una de las marcas de los Estudios Culturales es justamente su punto de vista crítico sobre la división tradicional entre las disciplinas. Además, la concomitancia de la expansión de los Estudios Culturales con la globalización de la academia deja entrever que existe una relación casi de causa y efecto entre la globalización y los Estudios Culturales. Estos representan, en parte, el momento de autoconciencia de lo “local” dentro del fenómeno amplio y complejo de globalización (o “glocalización”, como podemos escribir para expresar esta doble faz de la globalización). Resta saber si la “globalización de la academia” debe o puede actuar *contra* la globalización económica.

Más interesante, o al menos más productivo que hablar propiamente de mi trabajo, sería pensar el lugar *local* en el cual actúo como profesor e investigador en el campo de las humanidades en Brasil. Describiré en pocas líneas mis investigaciones para pasar enseguida a intentar pensar este “*lugar local*”. En mi trabajo veo tanto un necesario pasaje y diálogo con los así llamados Estudios Culturales, como así también una crítica a mucho de lo que se produce bajo este signo. Poseo una investigación de más de dos décadas en torno a la obra de Walter Benjamin (autor que tiene cierta importancia en los Estudios Culturales). Otro campo en el que actúo es la historia y la teoría de la traducción, que se volvió una disciplina sólo en función de la divulgación de los preceptos generados por el núcleo duro de los Estudios Culturales. Por último, me he dedicado al estudio de la relación entre la literatura y la ley, con especial énfasis en la cuestión del testimonio. En esta investigación procuro relacionar trabajos que están marcadamente inspirados por los Estudios Culturales (todo el debate en torno al *testimonio* latinoamericano tiene esta marca desde los años 1980) con trabajos de investigadores ajenos y hasta críticos a esta línea de investigación (Geoffrey Hartman, Shoshana Felman, Cathy Caruth, Aleida Assmann, Sigrid Weigel entre otros). Tanto la obra de Benjamin, como los estudios de la traducción y el tema del testimonio desbordan las fronteras tradicionales de las disciplinas. Estoy obligado a transitar constantemente por la filosofía, la sociología, el psicoanálisis, la historia del arte y hasta por los estudios jurídicos para lograr profundizar estos temas, así como tengo muchos intercambios con colegas de Alemania, Francia, EUA e Hispanoamérica. Dentro de los Estudios Literarios estoy obligado a desafiar constantemente las fronteras de las filologías nacionales, ya que trabajo con autores de ficción (o de testimonios) brasileños, hispanoamericanos, franceses, alemanes, italianos y rusos, entre otros. Otra frontera que necesito constantemente transponer es la que divide los estudios literarios de la teoría de la imagen. Como el testimonio tiene en las obras de arte un potente medio (sin contar la cuestión de los monumentos y anti-monumentos que suponen muchas veces una memoria testimonial), estoy obligado a comparar dispositivos testimoniales literarios con otros que se manifiestan en el campo de las artes visuales.

Luego de estas aclaraciones, me gustaría realizar una breve reflexión sobre el “*lugar local*” que se va delineando en función de mi trabajo. ¿En qué medida existe algo como una “voz” articulada a partir del lugar ocupado en el panorama académico internacional? No se trata, en mi

opinión, de valorizar (y hasta de alabar) mi “espacio periférico”. Los intelectuales que hacen esto acaban en una auto-exotización poco productiva que tiende a la esencialización de la “otredad”. Lo mismo vale para el elogio sin fin del “entre lugar”. Hoy este “lugar periférico” está perturbado por la globalización. El mundo intelectual está “localizado”, somos todos vecinos, viviendo en Tokio, Río de Janeiro, Sidney, Los Ángeles o Reykiavik. Tenemos accesos a los mismos “gurus” intelectuales y leemos las mismas publicaciones. Por otro lado, es verdad que todavía existe desproporción entre el capital de los intelectuales que actúan en el primer y en tercer mundo, así como también existe un acceso más ágil para aquellos a las publicaciones más internacionalizadas. Sin embargo, no es esta la diferencia más importante, incluso porque existe una gigantesca movilidad de posiciones entre el primer y el tercer mundo. Lo que es importante tener en consideración es en qué medida la relación de cada intelectual con su “lugar local” puede llevar a cierto diferencial. Este “lugar local” debe ser pensado de modo complejo, ya que, debido a la referida movilidad de los intelectuales, deviene un constructo de múltiples estratos en constante movimiento.

Pensando este “lugar local” a partir de mis investigaciones y de, a partir de las mismas, los diálogos que mantengo con mis pares, me he dado cuenta tanto de la necesidad y de la importancia de los Estudios Culturales, como así también de la necesidad de su crítica. Expliquémonos. Los Estudios Culturales han realizado una serie de contribuciones para los Estudios Literarios (y, aún, no sólo para estos) como la perspectiva interdisciplinaria, la atención a cuestiones de género y de etnicidad y la crítica de las instituciones académicas tradicionales. Pero, como era de esperarse, el mayor problema dentro de esta línea de investigación y de análisis de la sociedad es que la misma aquí y allí acaba cristalizándose y reproduciendo la misma estructura que pretendía criticar. Estas investigaciones (a las cuales me refiero aquí de modo general por falta de más espacio) tienden tan sólo a colocar las jerarquías cabeza abajo y se dan por satisfechas con esto. Derrida afirmaba que una inicial reversión de los valores forma parte del gesto de la desconstrucción. Pero el paso siguiente (y que juzgo debería estar en el corazón de los Estudios Culturales), o sea, la *desconstrucción de los núcleos tradicionales de las identidades*, sólo raramente es dado. Antes que esto, ocurre lo exactamente opuesto: una glamurización y un culto irracional de lo “diferente”. Este culto es tan conservador y “romántico” (en la acepción más conservadora del término)

como los discursos tradicionales sobre la identidad, con sus cultos a la nación y a sus grandes héroes. La diferencia es que el “héroe” es ahora el “subalterno”, sea cual fuere la forma en que él se manifieste. Este es para mí el mayor problema de los Estudios Culturales y el mismo se manifiesta tanto en los trabajos realizados en Brasil, como en muchos otros países, como ya tuve la oportunidad de constatar.

Profundicemos este punto. El intelectual desea, a través de esta identificación con lo “subalterno”, captar fácilmente un público favorable, que se identifica también con la “lucha de los oprimidos”. Sin embargo, creo que el intelectual verdaderamente crítico debería estar intentando desconstruir y no reforzando los medios que yo llamaría “calientes” de construcción de la identidad. Estos medios son, fundamentalmente, la alabanza de lo local, de su “brillo particular”, de su “pureza”, “originalidad” etc. etc. Si los intelectuales de las humanidades tienen algo en que contribuir para el actual clima de “guerra entre las identidades” es precisamente practicar y enseñar a desconstruir lo “propio”. Sólo dentro de este proyecto se puede pensar en un concepto de identidad como *tránsito*, como constante *metamorfosis*, que no refuerce la noción tradicional de identidad como germinación de lo local. La principal crítica a los Estudios Culturales va por lo tanto en este sentido: debemos abdicar de la performance del “intelectual comprometido” en su lugar local (en su sentido pre-crítico) y pensar en una performance más “fría”, orientada hacia el estudio y la desconstrucción de los mecanismos tradicionales de la identidad. Estos últimos han generado, día tras día, nuevas y más sangrientas batallas exterminadoras. El concepto tradicional de identidad, que hoy en día ha cristalizado en un modelo que relaciona factores biológicos, geográficos, étnicos e históricos, lleva a una construcción de lo “propio” como ser constantemente amenazado y que precisa exterminar lo “otro” para poder sobrevivir. La figura biopolítica del genocidio brota como plaga en este escenario donde la política cada vez más se revela como biopolítica. Los Estudios Culturales deben ir contra y no a favor de este terrible movimiento de la historia.

En Brasil percibo una situación ambigua respecto a los Estudios Culturales. De forma general, sus adeptos son del tipo que no osan desconstruir las identidades, sino que, por el contrario, procuran reforzar las “propiedades” de un yo auto-exotizado. Lo interesante es que estos intelectuales se consideran opositores de aquellos que se contraponen con uñas y dientes a los Estudios Culturales (que consideran una *moda*

importada de los EUA), cuando en verdad ambos coinciden en la reafirmación de un concepto estable de lo “propio”. Ambos son nacionalistas y tendenciosamente xenófobos. El discurso de la importación pernicioso de las ideas practicado por una determinada izquierda brasileña no tiene en cuenta que un anti-eurocentrismo consecuente nos llevaría a hablar tupí-guaraní y a olvidar todos los conceptos “importados” que repetimos *ad nauseam* como alienación, fetichismo de la mercadería, globalización etc. etc. Este nacionalismo tacaño sirve para justificar una inercia intelectual que recusa todo el debate realizado en el último medio siglo y que sólo se vería como “modismo importado”. Pero lo importante es notar la coincidencia del punto de vista de la izquierda-nacionalista con el de los adeptos a los Estudios Culturales. Ambos se recusan al distanciamiento crítico de lo “propio”, ambos son profundamente anti-irónicos, ambos creen en la continuidad de la identidad sea esta pensada como nación o como conjunto de etnias.

La mirada crítica (posible, creo, desde dentro de los Estudios Culturales) debería ser el objetivo de los investigadores brasileños que pertenecen a las dos líneas antes mencionadas. Pero esta mirada crítica, hasta donde puedo ver, también es escasa en los trabajos realizados en otros países. De modo general el intelectual del “primer mundo” toma la bandera de los Estudios Culturales no tan sólo como una liberación de los métodos y abordajes tradicionales (lo que es muy bueno, aunque debe ser realizado *cum grano salis*, pues no se trata de apagar siglos de filología de un momento para otro), sino también como una especie de “redención” de la culpa de pertenecer al “primer mundo”. Lo peor es que, así como los practicantes de los Estudios Culturales brasileños a los que me refería, estos también tienden a mantener intactas las concepciones tradicionales sobre la identidad. Los mismos se limitan a revertir las valoraciones: el “otro”, el “tercer mundo”, las etnias marginales, los “subalternos”, son “lindos” y merecen ser valorizados en oposición a las naciones “opresoras” del “primer mundo”. Lo que falta, tanto aquí en Brasil como afuera, es pensar críticamente las identidades “metropolitanas”, “centrales”. El discurso del “entre lugar” tiende a reproducir la concepción tradicional de identidad, justamente porque toma por cierta la “propiedad” y estabilidad de esas identidades “metropolitanas” o “centrales”.

En Brasil autores como Haroldo de Campos – poeta, ensayista y traductor, que hizo de la traducción un medio de desconstruir las identidades y la literatura – y Vilém Flusser – un emigrado judío de Praga

que desarrolló en Brasil una teoría de la *Bodenlosigkeit* (de lo sin-fundamento, sin-tierra, sin-suelo) y de la *Heimatlosigkeit* (ausencia de patria) – pueden ser vistos como dos figuras excepcionales dentro de un panorama intelectual donde prima el apego al suelo y a lo propio.¹ Ambos deben ser pensados como dos potentes fuentes inspiradoras para los Estudios Culturales no tan sólo autóctonos.

¹ En relación a la obra de Haroldo de Campos como desconstrucción de lo “propio” cf. mi ensayo “Haroldo de Campos: Tradução como Formação e ‘Abandono’ da Identidade”, in: *O local da diferença. Ensaio sobre memória, arte, literatura e tradução*, São Paulo: Editora 34, 2005, pp. 189-204. En lo que concierne a los conceptos de Flusser mencionados cf. sobre todo sus libros *Bodenlos. Eine philosophische Autobiographie*, Düsseldorf; Bensheim: Bollmann, 1992 y *Jude Sein. Essays, Briefe, Fiktionen*, ed. por Stefan Bollmann y Edith Flusser, Düsseldorf; Bensheim: Bollmann, 1995.